

LA INDUMENTARIA TRADICIONAL EN SAMAYAC, SUCHITEPÉQUEZ

Deyvid Molina

Resumen

Con la finalidad de contribuir en el conocimiento de las formas de vestir en las comunidades indígenas guatemaltecas, se presenta el siguiente artículo, en el cual se aborda, basado en fuentes documentales y trabajo de campo, el tema de la indumentaria tradicional conservada en Samayac. Es necesario hacer la salvedad, que es utilizada exclusivamente por las mujeres, ya que en los hombres ha desaparecido, quedando únicamente para actividades escolares y de proyección folklórica. La tradición oral refiere que ya entrado el siglo XX, era común ver a personas con poca ropa en Samayac, por lo que se emitieron medidas para que cubrieran sus cuerpos. Fue en ese tiempo que surgió una blusa conocida como cuta, la cual sigue en uso, especialmente entre las ancianas. Existe otro tipo de blusa, llamada blonda, cuyo uso es favorecido

para actividades ceremoniales. Las mujeres de Samayac llevan un corte, el cual procede por lo regular de poblaciones del altiplano; se usa envuelto y sujetado a la cintura por una especie de moño, conocido localmente como chongo. En el telar de cintura, que es el que se conserva en Samayac, se elaboran los complementos de la indumentaria, tal es el caso de los paños y perrajes. Complementan la indumentaria sandalias o zapatos de tipo occidental, collares, aretes y sortijas.

Palabras clave: Indumentaria, cuta, blonda, paño, perraje, chongo, traje.

Abstract

The present article aims to enrich the knowledge regarding the costumes of Guatemalan indigenous communities. This research about Samayac folk costumes was developed having as a base different documental

sources and field work. It is necessary to remark that traditional costumes are now exclusively worn by women; men only wear them during academic activities and folkloric presentations. Oral tradition tells that in the early 20th century, it was common to find people without much clothing in Samayac, so certain regulations established that they had to cover their bodies. During that time, a type of blouse known as “*cuta*” (short) was fashioned; it is still worn, especially by elderly women. There is another type of blouse, called “*blonda*” (with lace appliques), which is particularly worn during ceremonial activities. The women of Samayac wear a “*corte*”, which is woven in Guatemalan highland communities. It is a wrap-around skirt tied with a tassel sash, locally known as “*chongo*”. The usage of foot-powered treadle looms is preserved in Samayac; they are used to weave accessories for the traditional dress, which include kerchiefs and “*perrajes*” (shawls). Other accessories of the traditional dress are Western-style shoes, earrings, rings and necklaces.

Key Words: Costume, *cuta*, *blonda*, kerchief, *perraje*, *chongo*, dress.

La indumentaria como parte integral de la vida de los seres humanos

Uno de los elementos de la cultura tradicional que resalta a simple vista, es la indumentaria, es decir la forma de

vestir de una determinada comunidad. Desde los orígenes de las ciencias sociales, el tema del traje regional ha sido objeto de estudio a lo largo del mundo, llegándose a realizar una diversidad de artículos, ensayos y libros al respecto.

Una de las actividades humanas más importantes, gracias a las necesidades que implica en la vida cotidiana del ser humano, es la confección de prendas de vestir, actividad llevada a cabo desde épocas inmemoriales, la cual ha cumplido a lo largo de la historia con dos fines primordiales: la protección del cuerpo humano ante las inclemencias del tiempo y, el embellecimiento artificial y desde luego cultural de sus formas naturales.

En los inicios de la humanidad, los antiguos seres humanos emplearon las pieles de animales que cazaban para cubrirse, sobre todo en donde las regiones climáticas exigían la protección del cuerpo. Con el paso del tiempo y de conformidad a las necesidades biológicas y geográficas, el concepto de vestir fue evolucionando y requiriendo nuevos materiales para sustituir a las costosas pieles, es de esa manera como surgieron los primeros intentos de crear algunos productos cuya fácil adquisición hiciera crear trajes artísticos y funcionales dando paso a lo que se conoce actualmente como indumentaria.

No se sabe con certeza a quién atribuir el origen de la invención del vestido, pero una vez que este surgió se enraizó en la vida cotidiana de los primeros humanos. Al parecer la falta de vellos en el cuerpo del ser humano lo motivó a crear un abrigo que lo protegiese de las inclemencias del tiempo. Joachim Zahn (1966) refiere a que no existe evidencia del vestido en el periodo Paleolítico y ya en el Neolítico parece que la ropa alcanzó una difusión generalizada, aunque no respondía del todo a las funciones que cumple actualmente.

Para algunos investigadores, entre ellos Zahn (1966) los orígenes de la indumentaria se remontan a unos 130,000 años atrás, y las primeras muestras que se tienen provienen del sur de África. Las prendas de vestir más antiguas con que se cuentan proceden del período prehistórico y consisten de 300 pares de sandalias tejidas con fibras de cortezas de árbol, las cuales fueron encontradas en Oregon, Estados Unidos, y su fecha de elaboración data de entre los siglos VIII y VII a.C. (Molina, 2003: 8 y 9).

Con la relación a la actividad textil el hallazgo más antiguo lo constituye un fragmento de tejido descubierto en 1961 junto a otros objetos antiguos en Ankara, Turquía. Posiblemente este fragmento de tela data de 7000 a 6000 años antes de Cristo, aunque no se

puede precisar con exactitud su fecha de elaboración.

En la América prehispánica culturas como la maya, azteca, inca y algunas de Norteamérica crearon una indumentaria rica y variada en sus diseños, colores y técnicas. El traje que utilizaban los señores y sacerdotes era muy ornamentado, teniendo al algodón como base, sobre sus cabezas llevaban complicados tocados, realizados por medio de plumas de aves, pieles de animales y en algunos casos flores; además utilizaban joyas de jade, de huesos y de piedras preciosas; mientras que la gente del pueblo empleaba un vestuario más sencillo confeccionado con hilos más ordinarios como el henequén. En las islas del Caribe y en algunas regiones de Suramérica, el traje de los antiguos indígenas era sencillo, primaba la desnudez del cuerpo y se carecía de adornos.

El vestuario crea una función simbólica al entablar relaciones entre la naturaleza, el ser humano y su entorno social y cultural. Al vestirse los seres humanos se dirigen hacia sí mismos, a sus semejantes y su mundo. La indumentaria expresa y oculta ciertos principios y emociones a la vez que impulsa a las personas a actuar siguiendo las formas apropiadas e instituidas por la sociedad. Por su capacidad de simbolizar un orden social, el vestido juega un papel dinámico dentro de la acción y la comunicación social.

El vestido es como una especie de microcosmos en donde se reflejan en su relativa intensidad los ideales estéticos, morales y racionalistas de quienes los usan (Molina, 2003: 14).

La indumentaria es un elemento de identificación que avanza tan rápidamente como la cultura, la cual se apropia de las cosas que le gustan e identifican. Por ello a pesar del paso del tiempo, la mayoría de trajes regionales de las comunidades indígenas aún son utilizados por sus miembros. El vestuario dentro de una población es un elemento fundamental de identidad étnica, a la vez que es un testimonio de su historia.

En resumen, la indumentaria es más que la necesidad de cubrirse el cuerpo y adornarse, es un elemento que se enraíza dentro de la vida de todo ser humano, lo acompaña durante toda su vida, a la vez que lo diferencia social, cultural, económica y políticamente de los demás, llegándose a convertir en un vivo testimonio sobre el origen, pensamiento y actitudes de las comunidades en donde se originan.

La indumentaria tradicional en Guatemala y el departamento de Suchitepéquez

Para fines del siglo XX, se sabía que en Guatemala, alrededor de 150 comunidades, conservaban el uso de una indumentaria distintiva, especialmente entre las mujeres. Estas poblaciones

se distribuían prácticamente en todo el territorio nacional, con la excepción de los departamentos de El Progreso, Jutiapa, Santa Rosa y Zacapa, en donde la población es predominantemente mestiza. La situación en el siglo XXI es un tanto distinta, ya que en varias regiones se han ido perdiendo paulatinamente elementos de la identidad étnica, entre ellas el idioma y el uso del traje regional, ejemplo de ello es el municipio de San José, en Petén, donde el itza' está prácticamente extinto, al igual que la vestimenta que es conservada únicamente para actividades de proyección folklórica.

El siglo XX fue prolífero en investigaciones sobre las formas de vestir de los pueblos indígenas guatemaltecos, siendo uno de los más completos: Tejidos de los Altiplanos de Guatemala, de Lila O'Neale, quien en 1936 visitó más de un centenar de comunidades. Sus aportes aún son utilizados con la finalidad de registrar los cambios que la indumentaria guatemalteca ha sufrido en casi un siglo. También es importante destacar los trabajos llevados a cabo desde 1974, por el Museo Ixchel del Traje Indígena, institución que además de conservar parte de la riqueza textil guatemalteca, ha llevado a cabo proyectos investigativos sobre la historia y vigencia del traje regional en varias poblaciones mayas.

Contrariamente a otras regiones indígenas del país, en las cuales se puede identificar el lugar de procedencia de las mujeres, por la ropa que llevan; en el departamento de Suchitepéquez e inclusive en el vecino Retalhuleu, esta situación es imposible, ya que visten de manera similar. Con excepción del municipio retalteco de San Sebastián, que por muchos años tuvo un corte distintivo; en el resto de comunidades nunca ha existido esta diferenciación, ya que las mujeres visten acorde al gusto personal y recursos económicos.

La costa suroccidental guatemalteca en el campo de la cultura tradicional, ha sido pocas veces objeto de estudio, menos aún en lo concerniente a la indumentaria regional. Posiblemente una de las razones obedezca, a que en los departamentos de Suchitepéquez y Retalhuleu, la producción textil es minoritaria, en comparación con el altiplano y verapaces. En ambas entidades en las pocas comunidades en donde aún se teje, se elaboran en el telar de cintura, paños, perrajes, bandas y servilletas.

Durante el período hispánico, son escasas las referencias relacionadas a las formas de vestir de los indígenas de la costa suroccidental del país. El siguiente relato del cronista Francisco de Fuentes y Guzmán, proporciona un panorama sobre el uso de la

indumentaria femenina en las regiones cálidas del sur del país:

Las mujeres de la costa son generalmente hermosas, y muy dadas al aseo de sus personas, préciase de honradez y de guardar fe a los maridos; en la gentilidad traían pasada la ternilla de la nariz, y en el taladro, una piedra preciosa, o un canutillo de oro o de plata, y usaban, sin distinción de personas, zarcillos en las orejas, bien que las ricas y principales los traían de oro y plata, y las maseguals, o plebeyas, de caracoles, o de otras piedras comunes que llaman chalchiguites. Traían el pelo partido en crencha y trezado con cintas blancas, le recogían unas a la parte del cerebro, otras rodeadas por la frente, y otras a la coronilla de la cabeza, a la manera de una guirnalda que llaman rodete... Ellas se afeitaban los labios, mejillas y pezones con una unción de bermellón. Bálsamo y liquidámbar, que las conserva con entereza en las carnes (Fuentes y Guzmán, 1972: 102).

En visita pastoral realizada por el arzobispo Pedro Cortés y Larraz, a su diócesis entre 1768 y 1770, reportó que en las poblaciones de Mazatenango, San Lorenzo, San Gabriel, Cuyotenango, San Francisco Zapotitlán, Samayac, San Bernardino, Santo Domingo

Suchitepéquez, San Pablo Jocopilas, Santo Tomás La Unión, San Miguel Panán, San Antonio Suchitepéquez, Patulul, Santa Bárbara y San Juan Bautista, la gente iba con poca ropa, no dando mayores detalles sobre cómo era las pocas prendas que utilizaban los indígenas de la región.

Eadward Muybridge, fotógrafo inglés, estuvo en el país en 1875, fotografiando paisajes, edificios y personas de la Guatemala del último tercio del siglo XIX. Entre el material dejado por Muybridge se encuentran varias fotografías de un grupo de indígenas que trabajaban en las plantaciones de café de la finca “Las Nubes”, ubicada en San Francisco Zapotitlán. En dichas imágenes se puede apreciar que los hombres vestían de forma similar a los del período prehispánico, ataviados con un maxtate, sandalias y sombreros; mientras que las mujeres llevaban únicamente un largo corte, dejando los senos al descubierto.

En el decenio de 1940, Felix Webster McBride (1969), refiere que los hombres indígenas de algunas poblaciones del suroccidente, vestían ya fuera maxtates o cortos pantalones azules o blancos, iban con el torso descubierto, utilizando ocasionalmente camisas; en los hombros llevaban paños, generalmente rojos; bandas en la cintura y los pies calzados con caites de hule. Por su parte las mujeres vestían

cortes procedentes de varias regiones del altiplano occidental; sencillas blusas de tela comercial; paños tejidos en algunas comunidades y el cabello recogido y amarrado a la cabeza con un nudo.

Para 1992, Eugenia Sáenz de Tejada publicó un artículo donde da pormenores de la forma de vestir de la población indígena de algunas comunidades de los departamentos de Retalhuleu y Suchitepéquez:

Actualmente el traje femenino de la mayoría de comunidades de la costa consta de corte, blusa y paño. En algunos casos cuentan también con perraje, banda en la cintura y cinta de pelo. El corte se usa traslapado con un moño o chongo a un lado, ya sea derecho o izquierdo, según el gusto de cada persona o comunidad. Casi todas las mujeres utilizan sandalias y siguen usando el pelo amarrado con un nudo en la parte superior de la cabeza (Sáenz, 1992: 143).

En el presente, la mayoría de mujeres indígenas que aún conservan el uso de su indumentaria tradicional en el departamento de Suchitepéquez, visten blusas elaboradas en telas comerciales en una variedad de colores y diseños, corte enrollado sujetado a la cintura por medio de un chongo, que son pequeños dobleces que se le hacen al corte; paño

y en varias ocasiones perrajes (Knoke, 2010: 78). Sin embargo, muchas féminas han ido sustituyendo las blusas por otras de estilo occidental, así como por playeras. La indumentaria masculina ha dejado de utilizarse, quedando exclusivamente para actividades escolares y de proyección folklórica.

La indumentaria tradicional en Samayac

A continuación se procederá a describir la indumentaria o traje regional que es utilizado en Samayac, basándose para ello en fuentes documentales y entrevistas llevadas a cabo entre agosto de 2015 y julio de 2016.

Indumentaria masculina

Como se explicó con anterioridad, la indumentaria indígena masculina ha desaparecido en la cotidianidad del departamento de Suchitepéquez, salvo en actos escolares o proyecciones folklóricas, y es utilizado únicamente por niños y jóvenes. Samayac, tampoco es ajena a esa situación, sin embargo, todavía queda en el recuerdo de varios de sus pobladores, la mayoría adultos mayores, la forma en que vistieron sus antepasados.

La señora Clementina Xajil, de 75 años, quien por muchos años ha sido tejedora, comentó la forma en que se vestían algunos hombres

aproximadamente en el decenio de 1950:

El traje de los hombres era un calzoncillo de manta, unos lo usaban arriba de las rodillas y otros más largos. Para ir a traer sus leñas, se echaban un paño en la espalda y en la cintura una su banda. La gente andaba descalza, ninguna usaba chanqueta, ni zapatos, los hombres solo caites de llantas (Xajil, 2015).

Por su parte el señor Emilio Galindo, originario de Olintepeque, Quetzaltenango, residente en Samayac desde hace más de 60 años, recuerda que llegó a la población cuando era adolescente y refirió algunos datos sobre la forma de vestir de los samayaqueros de aquella época:

Todavía recuerdo haber visto a hombres que usaban sus calzoncillos blancos, los amarraban con unas cintas atrás. Otras cuando iban a trabajar al monte se ponían unas bandas anchas en la cintura, que les tejían sus mujeres; casi todas eran rojas (Galindo, 2015).

Situación similar, describió la señora Trinidad Solval, quien recordó cómo vestían algunos hombres que ella observó durante su infancia: “Los hombres usaban calzoncillos de mantas amarrados a la cintura

con cintas. Antes todos los ingenios sacaban el azúcar en costales de manta, entonces de esa manta se sacaban los calzoncillos. Mis abuelos vestían de esa manera” (Solval, 2015).

Un detalle importante que se desprende de los anteriores relatos, es la utilización que las personas daban a la manta que obtenían de los costales en que se guardaba el azúcar, situación que era practicada en varios sectores del país, tanto indígenas como mestizos. La señora María Muñoz, de 85 años, comentaba que cuando era niña y vivía en una finca del municipio de Petapa, Guatemala, su madre aprovechaba la manta de los sacos de azúcar para: “Se hacían sábanas con esa tela, a veces desteñían las letras por eso quedaban celestes. Las señoras que estaban criando también cortaban la tela para hacerle pañales a sus niños” (Muñoz, 2016). La antropóloga Xochitl Castro, recuerda que en la ciudad de Jutiapa, Jutiapa, su abuela materna, Orbelina Sarceño, tuvo una tienda y a los trece nietos que le dieron sus hijos, les confeccionó lotes de pañales de costal de manta, primeramente los hervía varios días y otros tanto los asoleaba hasta que quedaban completamente blancos (Castro, 2016). También en la región poqomchi’, del departamento de Alta Verapaz, ese tipo de tela era utilizado para la realización de huipiles de uso diario: “Acá, en San Cristóbal Verapaz, antes las señoras costuraban

sus huipiles con la tela que salía de los costales de azúcar. A veces las reinas indígenas para sus presentaciones se ponen huipiles de costal” (Caj, 2014).

Debido a que Samayac es un punto comercial estratégico, que comunica a las productivas tierras de la costa suroccidental con regiones del departamento de Sololá, es común que en la cabecera municipal transiten personas procedentes de varias partes de ese departamento, principalmente de la llamada “bocacosta”. Muchas de estas gentes aún visten su indumentaria tradicional, la cual también ha ido cambiando e inclusive desapareciendo, especialmente entre los hombres. Hace unos cuantos decenios era común poder identificar por medio del vestuario, la procedencia de los hombres que acudían por transacciones comerciales a Samayac, ya que para esa época eran pocos los samayaqueros que conservaban su traje tradicional, al respecto comentó el señor Tomás Tujal, sastre de profesión, lo siguiente:

Ellos sí usaban su traje, se sabía que venían de La Ceiba [aldea de Santa Catarina Ixtahuacán], por la ropa que traían, los mashtatudos se les decía, pero ellos sí todavía usaban su ropa, en cambio ahora ya no se sabe si son de allá, se confunden con los de acá, ya que están dejando de usar sus ropas (Tujal, 2015).

La indumentaria que visten los niños y jóvenes en sus presentaciones escolares y folklóricas, es una reminiscencia de lo que se utilizó hasta después de la segunda mitad del siglo XX en Samayac, y otros pueblos de Suchitupéquez. La misma consta de:

El pantalón es corto y es de color blanco, representa la pureza del hombre al igual que una mujer cuando se casa según la cosmogonía maya, el pantalón está elaborado con manta, en la parte de enfrente es abierto y tiene dos amarradores. (...) Se le llama paño a un tejido que utilizaron los hombres, es de color morado, verde azul en sus labores de color blanco y amarillo lleva figura de muñequitas; mide una yarda en los cuatro lados por lo que simboliza los cuatro puntos cardinales, el material que utilizaron para su elaboración es el hilo de seda y lustrina, es grueso y es confeccionado por los tejedores de Samayac. El color de la faja es rojo, no tiene ninguna figura; mide ocho pulgadas de ancho y dos varas de largo en cada extremo cuelgan hilos del mismo color con el tiempo se fueron generados fajas de otros colores. Es elaborada por las tejedoras del municipio, antiguamente era utilizada por los hombres con el

objetivo de amarrarse el pantalón y de apretarse el estómago cuando cargan cosas pesadas, actualmente solo era utilizada por algunos cuando van al trabajo en el campo... El sombrero utilizado es de color amarillo, no tiene ninguna figura, solamente lleva una cinta de color negro alrededor, simboliza la sabiduría y el entendimiento del hombre el sombrero es comprado en el mercado (Comunidad Lingüística Maya K'iche', 2013: 93 y 94).

Actualmente la población indígena masculina de Samayac, viste a la usanza occidental, los mayores pantalones de una diversidad de telas, cinturones, camisas de manga larga, sombrero y zapatos; algunos cuando trabajan en el monte llevan caites. Los jóvenes por su parte, utilizan playeras, jeans, gorras o las ropas que estén de moda.

Indumentaria femenina

Gran parte de las mujeres samayaqueras todavía conservan el uso de su indumentaria tradicional, la cual consiste de blusa fabricada con una diversidad de telas, colores y diseños, por lo general son de manga abombada y apertura de codo lado en la parte inferior, llevan encajes alforzas y lentejuelas, el corte jaspeado procede del altiplano y se usa traslapado con un moño o “chongo” a un lado de la cintura.

Complementan la indumentaria un perraje tejido localmente o procedente de Cuyotenango y un paño o su't fabricado en la población. Las mujeres de mayor edad utilizan el cabello enrollado y atado con un nudo en la parte superior de la cabeza, mientras que las jóvenes favorecen el uso de ganchos y colas. Algunas van descalzas, otras usan sandalias o zapatos.

Cuenta la historia que antiguamente debido al clima cálido característico de la costa suroccidental, las personas llevaban pocas prendas de vestir, a tal punto que el arzobispo Pedro Cortés y Larraz, cuando visitó la región en 1769, comentó que “La gente anda desnuda, aunque no tanto como en otros pueblos” (Cortés y Larraz, 1958: 267). Es importante recalcar, que cuando el prelado se refiere a la desnudez de las personas, se debe entender que se refería a que tanto hombres como mujeres iban con el torso descubierto, razón que en el caso de las féminas constituía un gran escándalo, especialmente para las autoridades religiosas.

La tradición oral refiere que ya entrado el siglo XX, era común ver a personas con poca ropa en Samayac y otros pueblos de la zona de Suchitepéquez y Retalhuleu. Se dice que durante el régimen del presidente Jorge Ubico (1931-1944), se emitieron medidas para hacer cubrir con alguna prenda de vestir tanto a hombres

como mujeres que fueran con el torso descubierto:

Por lo que las mujeres al llegar a la garita que se encontraba en la entrada a la cabecera departamental [Mazatenango] se valían de diversas formas para cubrirse, unas se sacaban un extremo del corte, otras se ataban un paño en la nuca. Tiempo después empezaron a utilizar unas blusas de manta llamadas ‘cotón’ las cuales poseían un botón en medio y cubría únicamente los pechos (Sáenz de Tejada, 1996: 142).

Fue en ese tiempo que en Samayac, surgió una blusa conocida localmente como “cuta”, la cual sigue en uso, especialmente entre las mujeres ancianas. Las cutas son blusas elaboradas en telas comerciales, por lo regular dacrón, en diferentes colores, aunque para festividades se prefiere el blanco. Llevan pequeñas mangas, las cuales al igual que la parte del pecho van adornadas por una serie de pequeñas alforzas.

En cuanto al peculiar nombre, “cutas”, varias informantes indicaron que se debe a que las mangas son cortas (Tzián, 2015, Tzej, 2015, Cacoj, 2016). En sus orígenes, las mujeres tenían una particular forma de colocarse esta prenda: “En Samayac dicen que también usaron unas blusas cortas o ‘cutas’ con encaje, ‘blonda’ en

el cuello y alforzas solo metían el brazo en una manga. Y a veces andaban con el pecho destapado” (Sáenz de Tejada 1992; 142).

Puede ser que la blusa utilizada en Mazatenango y descrita en 1936, por Lila O’Neale, correspondiera a una cuta, al respecto: “Variante típica, corta y angosta. El ejemplar examinado mide 21 por 23 pulgadas; tela blanca tejida en fábrica, hombrillo cuadrado, escote cuadrado, mangas rectas pegadas; adorno único: tres alforzas adelante (O’Neale, 1965: 707).

En la villa de Samayac, hay varias costureras que elaboran las cutas, las cuales están hechas en tela de dacrón, generalmente blancas, una de ellas es la señora Micaela Tzej, quien lleva alrededor de 20 años cosiendo estas prendas:

En realidad la tela no es cara, lo que cuesta es el trabajo, ya que lleva muchas alforzas va bien tupidito, lleva sus alforzas adelante y atrás... el dacrón cuesta 14 quetzales la yarda, y para hacer una cuta se va más o menos yarda y media; pero es por tanta alforza (Tzej, 2015).

El precio de una cuta oscila entre los 250 quetzales, ya que como se indicó anteriormente, esto se debe al minucioso trabajo que lleva en la elaboración de las alforzas. Comentó Micaela Tzej, que es para

las festividades patrias del mes de septiembre, así como para la feria patronal de diciembre, que la demanda de cutas aumenta. Este tipo de blusas es usado por las mujeres de todas las edades, aunque es más frecuente verlas en ancianas. También en un puesto de ropa, ubicado en el parque central de la cabecera municipal se venden cutas, especialmente para niñas, cuyos precios oscilan entre los 65 a 90 quetzales.

A pesar de que las blusas llamadas cutas, estaban ganando popularidad entre las mujeres de Samayac, todavía en los decenios de 1940 y 1950, era frecuente observar a un buen número de samayaqueras con el torso desnudo. La señora María Muñoz comentó que su esposo José Reyes, quien trabajó en varias comunidades del departamento de Suchitepéquez, entre ellas Samayac, pudo observar a finales del decenio de 1940 lo siguiente: “Me contaba que por el gran calor que había por esas tierras, las mujeres andaban con sus pechos destapados, solo con su corte, y se mantenían mucho en los ríos” (Muñoz, 2016). Situación similar fue observada por ese mismo tiempo por el señor Emilio Galindo: Yo vi muchas [mujeres], desnudas de los pechos y más cuando estaban en sus casas o cerca de los ríos (Galindo, 2015)

La señora Trinidad Solval comentó que antiguamente las mujeres no llevaban ropa interior, sin embargo,

poco a poco fueron apareciendo algunas prendas, entre ellas la combinación que aún es de uso común entre las samayaqueras, así como el sostén y un tipo de blusa conocido como apretador. Estos eran similares a la hechura de las cutas, solo que tenían tirantes como de dos dedos de ancho y un botón en el centro. Al respecto comentó la señora Clementina Xajil:

Yo antes usaba brasier, pero a mi esposo no le gustaba que yo usara combinación y me decía que el brasier era maxtate de caballo. Pero como yo estaba criando, le dije que era feo que yo no usara nada porque los pechos se llenan, y no tenía con que detener la leche, él me dijo que usara lo que su mamá se ponía que se llamaba apretador. Entonces yo me lo puse y es lo que uso todavía (Xajil, 2015).

Otro tipo de blusa, bastante frecuente entre las samayaqueras, es la “bocamanga”. Debe su nombre a que es de manga corrida, es decir no posee mangas, similares a los huipiles utilizados en el altiplano y verapaces. Lleva pequeñas alforzas, así como aplicaciones de un adorno llamado “margaritas”, ya que son parecidos a dichas flores. Una bocamanga, cuesta alrededor de 75 a 85 quetzales, son elaboradas en diversidad de colores y telas, entre ellas dacrón y marbella. Varias costureras las elaboran por

encargo, pudiéndose adquirir también en una venta ubicada en el parque central de la población.

Comentó la señora Josefa Solval, que alrededor de 1960, las blusas eran elaboradas en una tela llamada kiana, y entre las costureras que se dedicaban a trabajarlas estaba Matea Chávez, quien cosía tanto cutas como bocamangas (Solval J., 2015). Dionisia Toj, era otra costurera que elaboraba blusas que vendían tanto en Samayac como en la comunidad de Chocolá, San Pablo Jocopilas hacia el decenio de 1960 (Tujal, 2015). Las telas estampadas y con diseños florales estuvieron de moda por varios años en las blusas samayaqueras, sin embargo, actualmente es raro ver prendas de este tipo de telas (Cacoj, 2016).

Como en muchas comunidades indígenas del país, en Samayac, existe una indumentaria reservada para ocasiones especiales, como bodas, o bien utilizada en actividades religiosas. Una de las prendas ceremoniales que aún visten algunas mujeres samayaqueras, es la blusa llamada “blonda”. Esta es confeccionada en seda o una tela llamada güipir, presenta mangas en forma de güicoy, y va adornada en el cuello y puños con vuelos voladizos de encaje, de allí el nombre por el cual se le conoce. Por lo general son blancas. También la visten las reinas o representativas indígenas, las cuales son electas dentro del marco de la feria

patronal. Las blondas son elaboradas por costureras locales y sus precios oscilan entre 500 a 800 quetzales. Una costurera tarda alrededor de una semana para confeccionar este tipo de blusa, los encajes que forman la blonda son adquiridos por comerciantes que los llevan de Quetzaltenango o Santa Cruz del Quiché (Tzej, 2015, Ávila, 2016).

A pesar de la importancia simbólica y ceremonial, que las blondas tienen en Samayac, ya son pocas las mujeres que gustan vestirlas el día de su boda, contrariamente a decenios anteriores: “Hace como unos 20 años se utilizaba la blonda blanca, para los casamientos, las novias utilizaban ese traje, que era el más vistoso, con el corte, que en este caso si tiene un color, el negro” (Tzián, 2015).

En la actualidad, las mujeres samayaqueras visten varios estilos de blusas, entre ellos: cutas, bocamanga, de pichel y de manga de repollo, esta última es favorecida por las jóvenes, están confeccionadas en tela de guipuir, presentan mangas de tirantes y su precio oscila entre 125 a 225 quetzales (Ávila, 2016).

Las mujeres de Samayac llevan por falda un corte, el cual procede con frecuencia de Salcajá, Quetzaltenango; Totonicapán, San Cristóbal Totonicapán y San Francisco El Alto, municipios del departamento de Totonicapán, se usa envuelto y sujetado

a la cintura por una especie de moño, conocido localmente como “chongo”, por lo que en esta comunidad no se usan fajas. El colocarse el corte y en especial el chongo es todo un arte, ya que el mismo debe quedar seguro para evitar futuros accidentes, aunque según cuentan varias informantes, esto nunca ha pasado, tal como lo comentó Ángela Tzián, reina indígena samayaquera en 2008:

En cierta ocasión una reina me hizo una broma:—¿En qué momento se te cae el corte?—, vos bailas y no se te cae, y nosotras tenemos que usar faja. Yo le contesté: Hasta que se caiga Tikal [pirámide del Gran Jaguar], se le va a caer el corte a una samayaquera (Tzián, 2015).

Los tejedores de corte del altiplano occidental, siempre han elaborado diseños especiales para las mujeres de Suchitepéquez y Retalhuleu. Un estilo que fue bastante popular durante gran parte del siglo XX e inclusive en los primeros años de la actual centuria, fue el conocido como “pepenado”, similar al utilizado por las féminas de Zunil en Quetzaltenango:

Su nombre se deriva de la técnica que emplean los artesanos para hacer los brocados de dos caras, con tramas suplementarias, discontinuas, flotantes. Esta técnica

consiste en seleccionar y levantar o ‘pepenar’, con los dedos, los hilos de la urdimbre, a través de los cuales deberán flotar las tramas suplementarias que forman los diseños (Miralbés, 1990: 98).

Para 1992, las féminas del departamento de Suchitupéquez tenían preferencia por varios tipos de corte elaborados en: “artícela aunque también les gustan los de algodón mercerizado o hilos acrílicos, de varios colores y líneas angostas” (Sáenz, 1992:145).

Sin embargo, el corte preferido por muchos años por las mujeres samayaqueras, ha sido el jaspeado. El jaspe consiste en:

Técnica de teñido en reserva por medio de la cual se crean motivos decorativos, la cual consiste en amarrar o cubrir segmentos específicos de las madejas de hilos, para evitar que, al sumergirlas en el tinte, éste penetre en los espacios reservados. Cuando se retiran los amarres, las madejas presentan secciones teñidas y otras sin teñir. Al tejer la tela se van formando las figuras, sea en la urdimbre, la trama o en ambas” (Miralbés de, 2007: 14).

Los colores favorecidos por las mujeres de Samayac en cuanto a los cortes jaspeados han sido: rojo, azul, verde y el negro para ocasiones

ceremoniales o para bodas. También ha sido común utilizar cortes con combinación de varios colores. Entre los diseños predominantes en los cortes jaspeados figuran: liras, muñecas, pescados y hojas.

En Samayac, se utilizan cortes de siete y ocho varas. El precio de un corte completo, oscila entre 300 a 1500 quetzales, dependiendo del material, aunque en los últimos años han aparecido en el mercado otros más sencillos llamados “Cobán”, ya que se dice proceden de ese lugar, cuyo precio es más accesible, cotizándose entre 100 a 200 quetzales (Ávila, 2016). Para bodas y eventos especiales, las mujeres samayaqueras visten muy elegantes, no escatiman en gastos en el momento de comprar sus cortes, por los que llegan a pagar entre 1200 a 2000 quetzales, dependiendo del tipo de material de la prenda (Tzián, 2015). Los cortes se adquieren en la población durante los días de plaza, o bien en el mercado de Mazatenango, por lo general las personas que los venden proceden del occidente del país, no obstante, hay algunos samayaqueros que también los venden, como en el caso de la tienda de la señora Micaela Tzej.

La señora María Carrillo de 67 años de edad, comentó que durante su niñez y juventud, el precio de un buen corte oscilaba entre 18 y 20 quetzales (Carrillo, 2015). Por su parte la tejedora, Josefa Solval, diez años menor que la

anterior, recuerda que un corte sencillo cuesta 250 quetzales y se adquiría en el mercado de Mazatenango (Solval J., 2015).

Algunas informantes refirieron que actualmente en los mercados, tanto el local como el de Mazatenango, se han puesto a la venta cortes elaborados en maquilas cuyos precios son bastante accesibles, similares a los que provienen de Alta Verapaz. También se están popularizando cortes procedentes del estado mexicano de Chiapas; así como otros originarios de Nebaj y Chajul, departamento de Quiché, todos adaptadas al estilo samayaquero. Otro estilo de corte que es frecuente observar en uso en Samayac, es el conocido como “bataneco”, oriundo de San Sebastián, Retalhuleu, es de seda, rayado y con diseños, predominando los colores rojo, verde, amarillo, azul, morado en combinación con blanco.

El peinado tradicional consiste en atarse el pelo a la frente a manera de corona, con un nudo enfrente, que a criterio de Ángela Tzián emula la cabeza de una serpiente, identificada como Q’uqumatz (la serpiente emplumada). Este estilo de arreglarse el cabello es favorecido por las mujeres mayores, mientras que las jóvenes optan por hacerse peinados menos elaborados. Complementan la indumentaria sandalias o zapatos de tipo occidental, collares, aretes y sortijas.

Textiles de Samayac

En el telar de cintura, que es el que se conserva en la comunidad, se elaboran los complementos de la indumentaria, tal es el caso de los paños y perrajes; así como bandas y en los últimos años servilletas. Ítalo Morales Hidalgo en 1984 menciona a siete comunidades de Suchitepéquez en donde se tejían piezas que llevaban hilos jaspeados, entre las cuales se encontraba Samayac, situación que aún persiste.

A continuación se enumeran las distintas prendas que son elaboradas por las tejedoras samayaqueras.

Paños: llamados en otras comunidades su’t, son:

Pequeños lienzos de tela de unos 84 centímetros de ancho por 72 cms de largo los más grandes, que tradicionalmente son los de hombre, los de las mujeres son un poco más pequeños. Como los perrajes elaborados en Cuyotenango, predominan los tachones de colores fuertes; verdes rojos, anaranjados, ordenados en franjas verticales o de urdimbre, alternado con jaspes sencillos, blancos de colores sobre fondo negro (Morales Hidalgo 1984; 30).

Actualmente las dimensiones de los paños elaborados por las tejedoras de Samayac oscilan entre 77 centímetros de ancho, por 64 centímetros de largo.

Existen paños de fiesta y de luto; los primeros son de una diversidad de colores predominando los tonos fuertes y alegres; mientras que los segundos presentan labores jaspeadas en hilos blancos o amarillos sobre fondos negros. Antiguamente las figuras más comunes en los paños eran flechas y muñecas, actualmente se han diversificado y es frecuente encontrar: patitos, quetzales, corazones y copas.

El paño en Samayac como en el resto de municipios de Suchitpéquez presenta varios usos, la mayoría de las mujeres lo utilizan para hacer compras. Cuando no han comprado nada lo llevan doblado en la cabeza o bajo el brazo, mientras que cuando ya se han realizado las compras, se extiende y se atan las cuatro puntas. Otras mujeres lo utilizan para tapar las tortillas o ventas. Aunque el uso más generalizado es el de cubrir la cabeza, ya sea como protección del sol o en señal de reverencia durante las actividades religiosas.

Sobre los distintos usos que en todos los tiempos se les ha dado al paño, comentó la señora Carolina Cacoj:

En años anteriores, nosotros lo utilizábamos para venir al mercado y se llevaban las compras a un lado. Actualmente hemos estado perdiendo esa costumbre, más por utilizar bolsas, canastas... y aquí en nuestro municipio en las religiones todavía se utiliza, para

ir a los cultos evangélicos a las misas. En la Sala Evangélica lo utilizan en la cabeza (Cacoj, 2015).

La utilización del paño por parte de las mujeres, tiene una fuerte connotación moral y religiosa, hasta el punto que algunas personas consideran lo siguiente: “cuando vamos a fiestas utilizamos nuestro respectivo paño, que para nosotras es motivo de respeto, la mujer que no anda paño no tiene respeto, porque se avergüenzan” (Tzián, 2015). Sin embargo, a pesar de lo anterior, cada vez son pocas las mujeres que aún utilizan el paño para realizar compras o lucirlos en algunas actividades: “por ejemplo el paño, para esta feria [Concepción], todas cargaban el paño, pero ahora ya solo quieren llevar bolsitas” (Sac, 2015).

Los paños, también son utilizados para adornar los altares, que en el municipio se realizan en honor a los santos tutelares de los hogares samayaqueros, cumpliendo de esta manera una función religiosa. Durante la festividad llevada a cabo en honor a San Antonio de Padua, el 13 de junio de 2016, se observó que las personas que llevaban en sus hombros el trono con la imagen del referido santo, lo hacían por medio de paños, al indagar sobre el asunto, se obtuvo la siguiente respuesta:

Cubre la parte en donde va parada la imagen, como acá se hace, es

una costumbre que se tiene acá de usar el paño... son regalos que les han dado a la imagen, se sacan para que las gentes vean que están en uso (Rodríguez, 2016).

El principal centro de distribución de paños samayaqueros es el mercado de la ciudad de Mazatenango, a donde acuden mujeres de los municipios vecinos y de algunos de Retalhuleu a adquirir dichas prendas. También en Samayac, se venden paños, varios de ellos solicitados por compradoras de San Bernardino, comunidad en la cual según algunas entrevistadas ya no se teje (Ávila, 2016; Toj, 2016).

Perrajes: conocidos en otras regiones como chales o rebozos, son prendas mucho más grandes. Son similares a los paños en cuanto a sus diseños y coloridos, con la diferencia que los extremos son rematados y adornados por pompones elaborados en lana. Estas prendas son usadas básicamente para cargar a los niños pequeños.

El proceso para la elaboración de perrajes en Samayac es similar al empleado en Cuyotenango para la confección de los mismos:

Devanar el hilo, este es el acto de enrollar ordenadamente los hilos sobre un carrete o caños. Urdir, es el proceso de enrollar ordenadamente los hilos en el telar, los cuales se van intercalando con las labores

jaspeadas. Tejer, cuando ya se encuentra la urdimbre preparada se procede a tejer la trama que forma la pieza. Enrejado o trezado al estar terminada la pieza los extremos sobrantes son trezados para posteriormente realizar los pompones en algunos casos los extremos son dejados tal y como salieron del telar. Poner las puntas de los pompones, en el enrejado es introducir buena cantidad de hilos de lana, se amarran con otra serie de hilos y lo que sobra es rasurado por medio de una tijera (Molina, 2002: 8).

Bandas: son largas tiras de tela con flecos en los extremos, por lo general su tamaño oscila entre los 20 centímetros de ancho por 216 centímetros de largo. Antiguamente los usaban los hombres para trabajar en el campo, sin embargo, poco a poco su uso ha ido menguando, siendo en el presente los integrantes del “juego de los judíos”, personajes que salen para las actividades de Semana Santa, los principales usuarios de estas prendas, cuyos colores son variados, destacando los negros, rojos, azules, verdes y rosados.

Servilletas: son pequeños lienzos de tela, empleados para tapar alimentos, o bien en el caso de los de mayores dimensiones cubrir los presentes que se ofrecen a una joven casadera durante la “pedida” por parte de la familia del

novio. Algunas de estas prendas son de diseño escocés y sencillos diseños brocados, destacando una variedad de colores.

Las tejedoras de Samayac se abastecen de las labores (hilos jaspeados) y de las materias primas para elaborar sus productos en el mercado de Mazatenango; por lo regular dichos materiales proceden de Salcajá, Quetzaltenango, o de San Cristóbal Totonicapán, Totonicapán. Los hilos que se utilizan son de algodón mercerizado, seda, sedalina y lustrina. La seda es el más caro de estos materiales y se obtiene en Tapachula, Chiapas, México; mientras que la sedalina es la más barata.

Tejedoras de Samayac

El arte textil aún es practicado en Samayac, aunque ya son pocas las tejedoras, la mayoría mujeres ancianas. Entre ellas se encuentran las siguientes:

Clementina Xajil

Cercana a la iglesia parroquial, se encuentra la casa donde vive la señora Clementina Xajil de 75 años de edad, quien lleva decenios dedicándose al arte textil. Recuera que aprendió a tejar únicamente observando a algunas familiares que lo hacían. Cuando era muy pequeña frecuentaba la casa de una tía que vendía perrajes, pero no los tejía, Xajil acudía para enrollar hilos

y hacerle las borlas o pompones a los perrajes, del material que sobraba, la niña lo recogía hasta que logró hacer una bola grande, su pariente la motivó a aprender el arte textil, siendo ella quien le enseñó a urdir. Su primer trabajo fue un pequeño perraje, sin embargo, no tenía la perfección de los trabajos de sus familiares, por lo que su madre, le aconsejó que juntas fueran a visitar a la imagen de Santa Lucía, venerada en la iglesia del pueblo de San Lorenzo, Suchitepéquez:

Está bien le dije a mi mamá... al otro día nos levantamos temprano, llevábamos nuestro almuerzo y nos fuimos a pie hasta San Lorenzo. Allá le fui a poner yo el perrajito en sus manos de ella [imagen de Santa Lucía] y le pedí espiritualmente que me enseñara a tejer, yo lo deseaba... y si fui aprendiendo, y ahora de eso paso mi día. En ese tiempo yo tenía como 12 o 13 años (Xajil, 2015).

Una vez que aprendió a tejer ya de forma profesional, ella misma ofrecía sus productos, las servilletas las daba a 5 y 10 centavos. Antiguamente tejía perrajes para cargar bebés. Doña Clementina Xajil tuvo un matrimonio difícil, por lo que ella mantenía el hogar, procurando terminar sus servilletas antes de la medianoche, para así salir a ofrecerlas en las primeras horas del día siguiente, con el fin de

llevar el sustento a sus 10 hijos. No les pudo dar estudios, ya que lo que vendía no le alcanzaba para esos gastos, sin embargo, el alimento nunca faltó en la mesa.

La señora Xajil teje por encargo: paños, bandas, servilletas y ocasionalmente perrajes. El precio de los paños oscila entre 60 a 150 quetzales; las bandas, que son las que llevan los judíos, personajes que salen para la Semana Santa, las da a 70 quetzales; las servilletas de 15 a 60; mientras que los perrajes llegan a alcanzar, dependiendo del tamaño y material, entre 300 a 400 quetzales. Para realizar un paño o una banda, tarda aproximadamente dos días, mientras que los perrajes le llevan más tiempo.

Además de tejer, doña Clementina Xajil, se gana la vida vendiendo en el lugar en el que vive ropa de tipo occidental, a veces realiza comidas tradicionales, entre ellas chuchitos. Comentó que ninguna de sus hijas aprendió a tejer, ya que consideraron que no era un oficio rentable.

Carmen Ortiz

Otra tejedora que aún practica este arte, es la señora Carmen Ortiz, de 65 años de edad, quien teje también por encargo, paños, perrajes, bandas y servilletas. Al preguntarle cómo fue que aprendió a tejer, su respuesta fue la siguiente: “La pobreza me enseñó a tejer, el gasto ya no me alcanzaba para

mis niños... empecé a tejer a los 35 años, y ahora [2015], tengo 65” (Ortiz, 2015).

Doña Carmen Ortiz para elaborar un paño emplea dos días; un perraje le lleva alrededor de una semana, mientras que para elaborar tres servilletas grandes, que algunas personas utilizan para tapar los canastos con pan en el momento de realizar la pedida de una novia, invierte una semana. Los paños los da a 150 quetzales; las servilletas pequeñas 15 y los perrajes a 175.

Josefa Solval

En el camino que conduce al municipio de San Bernardino, vive doña Josefa Solval de 57 años, de los cuales lleva 50 dedicándose a tejer para sostener su hogar. Contrariamente a los dos casos anteriores, la señora Solval aprendió de su madre el oficio de tejedora. Paños (pequeños y grandes) y bandas para judíos, son las piezas que doña Josefa Solval elabora en el telar de cintura. El tiempo para realizar un paño varía entre uno a tres días; mientras que las bandas, dos días y las vende a 100 quetzales.

Leona Ortiz

En las instalaciones del nuevo salón municipal, se entrevistó a la señora Carolina Cacoj, quien comentó, que su madre Leona Ortiz de 66 años, también se dedica al arte textil, elaborando paños, perrajes y servilletas. El precio de los perrajes va

a depender de la calidad del material, el más sencillo que es el que se utiliza para cargar bebés sale a 175 quetzales y no lleva labores; otros cuestan entre 225 a 250 quetzales; mientras que los que llevan borlas alcanzan un precio 350. Los paños cuestan de 100 a 200 quetzales, siendo los más caros, los confeccionados en seda. Doña Leona Ortiz teje servilletas para llevar tortillas, las cuales generalmente cuestan 30 quetzales.

Eulalia Sac

Una de las tejedoras más jóvenes, que viven en Samayac, es la señora Eulalia Sac, de 45 años de edad, originaria de San Pablo Jocopilas, Suchitepéquez. Comentó que empezó a tejer en 1983, cuando tenía 13 años y había concluido la educación primaria. Fue su madre quien le enseñó el arte textil, actualmente elabora servilletas, bigoterías y bandas de reina, entre ellas la de Nim Ali Re Tzamay, la reina indígena de la comunidad. Al día saca dos servilletas, cuyo precio es de 15 quetzales, cuando inició a tejer costaban 65 centavos. El precio de las bandas va a depender de la altura de la reina, y por los hilos que se emplean, costando alrededor de 600 quetzales, invirtiendo aproximadamente 20 días para realizarlas. Sobre la variación que los precios de sus productos han tenido a lo largo del tiempo comentó: “Cuando yo vendía seis quetzales por

mis servilletas, compraba muchas cosas, el azúcar estaba barata, el frijol como a Q2.50; pero ahora con Q15 solo me alcanza para el pan” (Sac, 2015). Solo una de las hijas de la señora Sac sabe tejer, pero no se dedica a esa actividad, ya que labora en Puerto Quetzal, Escuintla.

La indumentaria tradicional en las reinas indígenas o representativas de Samayac

Una situación que es importante recalcar es que desde el decenio de 1970, cuando surgió en la ciudad de Cobán, Alta Verapaz, la elección y coronación de Rab'in Ajaw (Hija del Rey, en idioma q'eqchi'), en la mayoría de comunidades indígenas guatemaltecas surgió la idea de que las aspirantes municipales portaran la indumentaria antigua del municipio al que representaban, en un primer momento fueron las de uso cotidiano, posteriormente, tal como acontece en el presente, la ceremonial. Hay que anotar que uno de los objetivos de este evento fue el rescate de los trajes tradicionales, que para esa época estaban desapareciendo o modificándose.

Es así, como en el departamento de Suchitepéquez se dio la tendencia generalizada de que las representativas o reinas indígenas de la región, al momento de participar en la elección de Cobán, vistieran blusa blanca,

corte negro, paño y perraje. Claro, que siempre ha habido excepciones, por ejemplo las señoritas de San Bernardino en varias ocasiones han llevado cortes jaspeados de otros colores. Como dato adicional, la primera elección de Reina Indígena a nivel nacional, que posteriormente cambió a Rab'in Ajaw, se realizó en Cobán en 1971, con la participación de cinco candidatas, entre ellas Rogelia Ortiz García, originaria de Samayac que iba representando al departamento de Suchitepéquez (Molina, 2012: 106).

Anualmente, y dentro de las actividades de la feria patronal, en honor a la Virgen de Concepción se elige a las representantes de la belleza y cultura local, entre ellas a la Reina Indígena, evento que fue creado a inicios del decenio de 1960, por el cura párroco de Samayac, Santiago Meneghello (García, 2016). Posteriormente surgió el Nim Ali Re Tzamay (Gran Muchacha de Samayac), quien es la que representa al municipio en eventos trascendentales, entre ellos Rab'in Ajaw.

Las reinas indígenas o representativas, deben vestir la indumentaria considerada como ceremonial, la cual en Samayac consiste de: blusa de blonda blanca, corte con chongo negro, paño, algunas veces perraje; así como joyas, destacando los chachales. En el caso de las representativas indígenas, el paño sobre la cabeza

posee un sentido especial, ya que: “significa la autoridad y el respeto que tenemos por ser representantes de nuestro municipio” (Tzián, 2015). Los chachales que se utiliza son uno de plata y otro de cuencas rojas, que significan la oscuridad de la noche y el color de la sangre, respectivamente.

La modificación y pérdida de la indumentaria tradicional en Samayac

A pesar de que un buen número de la población femenina de Samayac aún conserva el uso de su indumentaria tradicional, ésta no ha sido ajena a las modificaciones e inclusive a la pérdida, debido a varios factores, entre ellos el gusto personal por prendas de tipo occidental, y el económico.

El folklorista Góver Portillo, para 1991 ya señalaba que en varios municipios del departamento de Suchitepéquez, estaba mermando el uso de la indumentaria regional:

debido la aculturación mucho de ello se ha venido perdiendo ya que la influencia extranjerizante ha hecho que muchos jóvenes se dediquen más a usar playeras con motivos gringos, playeras flojas y jeans importados y en vez de caites los tenis de Q200 (Portillo, 1991).

Las nuevas generaciones son los sectores más vulnerables en Samayac

respecto a abandonar o modificar su traje tradicional. Según la señora María Carrillo, esto se debe a:

El traje está cambiando mucho, las niñas de ahora ya no se quieren poner el trapo de nosotras [traje tradicional], ahorita solo quieren con short, pantalón, se cortan el pelo antes no. Antes era todas con corte, sea chiquita o sea grande, y con el pelo amarrado, si ibas al mercado con el paño, ahora una bolsita negra llevan ellas... ni las mujeres grandes quieren usar paño, antes no, si se iba al mercado, era con el paño para amarrar sus cositas. Y con el corte amarrado y el pelo amarrado, nada de que te cortaras el pelo... cuando se cortan el pelo o no se lo quieren amarrar, estamos perdiendo la costumbre. Yo vestía a mis hijas como yo, les dije si fueran varones les ponía pantalón, pero ustedes son hembras. Si yo soy de corte, ustedes también son de corte (Carrillo, 2015).

Recalca la señora Carrillo, que deben ser los padres quienes inculquen en sus hijos el amor y respeto por conservar el uso de su indumentaria tradicional. Considera que mucho de lo anterior se debe a que las modas de tipo occidental, ofrecen a la juventud una diversidad de prendas, que les proporciona entre otras cosas,

comodidad. Una opinión similar tiene la señora Carolina Cacoj, al comentar lo siguiente:

Ahorita todo se ha ido por moda, la moda definitivamente ha venido a eliminar mucho nuestra tradición. Normalmente acá se utilizaban dos tipos de blusas, están las que llamamos bocamanga y las otras, cutas... pero como, tiempo con tiempo la moda ha cambiado, se ha utilizado mucho playeras (Cacoj, 2016).

También el factor económico es determinante para que varias mujeres en Samayac, hayan decidido dejar de utilizar su indumentaria, tal como lo comentó una entrevistada:

La vida cada vez está más cara, por ejemplo hay familias que tienen más de tres hijos, ya vestirlos a todos sale bien caro. Los cortes cuestan mucho, no digamos las blusas, entonces por ello, muchos padres ya no les ponen la ropa de acá, a sus hijas... primero hay que darles su comidita, sus estudios para que sean alguien en la vida, y ya después lo que viene (Chavajay, 2016).

Por su parte, la señora Eulalia Sac, expuso su punto de vista, un tanto similar al anterior: “Ahora solo compramos blusas de a 60 quetzales; playeras, que ya están a la moda,

es más barata, las patojas ya no quieren usar las cutas, además salen caras y dicen que son más bonitas” (Sac, 2015).

Basados en los testimonios vertidos por varias personas entrevistadas, se deduce que la indumentaria tradicional samayaquera está sufriendo modificaciones, muchas de ellas influenciadas por las modas de corte occidental, que cada día penetran dentro de las comunidades rurales guatemaltecas. A pesar de que Samayac es una comunidad bastante próspera, en donde un buen número de sus habitantes se dedica al comercio, el factor económico es otra de las causas por las cuales el traje tradicional se está abandonando.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, hay personas que se niegan a dejar de utilizar su indumentaria regional, ya que consideran que al hacerlo pierden parte de su cultura: “Yo no me quitaría mi traje, es lo que me enseñaron mis antepasados, es parte de mí, de mi cultura, son mis costumbres y tradiciones, no tengo que dejar que se mueran” (Tunay, 2016).

Conclusión

Uno de los elementos de la cultura tradicional samayaquera es su indumentaria, conservada fundamentalmente por las mujeres. A lo largo de la historia la misma ha sido flanco de los cambios sociales, culturales,

económicos, políticos y religiosos, que le han dado los matices con que se conoce actualmente. El uso de la misa está generalizada en féminas de todas las edades, sin embargo, su uso en los últimos tiempos ha ido menguando o modificando, debido a los cambios en la moda y a factores económicos. A pesar de ello, varias mujeres defienden su uso y conservación, considerándolo que es parte de la cultura e identidad local, razón por la cual se niegan a dejar de utilizarla.

Sea pues, este artículo una pequeña contribución para ahondar en el tema de la indumentaria regional indígena guatemalteca, especialmente en una de las regiones que han sido pocas veces objeto de análisis por parte de los estudiosos de la cultura tradicional. El autor agradece a todas las personas que hicieron posible la realización de este artículo, motivándolas a conservar su identidad cultural y fomentarlas entre sus descendientes.

Referencias bibliográficas

- Comunidad Lingüística K'iche'. (2013). *Vestimenta maya k'iche'*. Santa Cruz del Quiché: Academia de Lenguas Mayas de Guatemala.
- Fuentes y Guzmán, F. d. (1972). *Recordación Florida, Tomo II*. Madrid: Ediciones Atlas.
- Knoke, B. (2010). Trajes indígenas de Guatemala. *Galería, Número 37*, 16-88.

- McBride, F. W. (1969). *Geografía cultural e histórica del suroeste de Guatemala*. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra.
- Miralbés de Polanco, R. (1990). El traje. En Varios, *Zunil traje y economía* (págs. 87-113). Guatemala: Museo Ixchel del Traje Indígena.
- Miralbés de Polanco, R. (2007). Glosario de prendas y más. En Varios, *Rabin Ajaw* (págs. 12-17). Guatemala: López Bruni Editores.
- Molina, D. (2002). *Etnografía de los perrajes. Cuyotenango, Suchitepéquez. Guatemala*. Guatemala: Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Molina, D. (2003). “*Identidad en la indumentaria indígena femenina. El caso de Santiago Sacatepéquez, Sacatepéquez*”, tesis de graduación. Guatemala: Escuela de Historia, Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Molina, D. (2012). Apuntes históricos sobre los certámenes de elección y coronación de representativas indígenas en Guatemala. *Tradiciones de Guatemala*, No. 78, 91-130.
- Morales, Í. (1984). *La situación del jaspe en Guatemala*. Guatemala: Sub-Centro Regional de Artesanías y Artes Populares.
- O’Neale, L. (1965). *Tejidos de los altiplanos de Guatemala, Tomo II*. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra.
- Portillo, G. (1991). *El folklore en Suchitepéquez*. Mazatenango: Impresos F.G.
- Saénz de Tejada, E. (1992). El traje de la costa sur de Guatemala. En Varios, *La indumentaria y el tejido mayas a través del tiempo* (págs. 141-149). Guatemala: Museo Ixchel del Traje Indígena.
- Zahn, J. (1966). *Historia del tejido*. Barcelona: Ediciones Zeus.

Entrevistas

- Rosario Ávila, entrevista 2 de julio de 2016.
- Carolina Cacoj, entrevista 26 de mayo de 2015.
- Victoriano Caj, entrevista 24 de julio de 2014.
- María Carrillo, entrevista, 2 de diciembre de 2015.
- Xochitl Castro, entrevista, 12 de julio de 2016.
- Nicolasa Chavajay, entrevista 4 de julio de 2016.
- Emilio Galindo, entrevista 23 de agosto de 2015.
- Carlos García, entrevista 24 de febrero de 2016.
- María Muñoz, entrevista 22 de junio de 2016.
- Carmen Ortiz, entrevista 1 de diciembre de 2015.

Antonio Rodríguez, entrevista 13 de junio de 2016.

Eulalia Sac, entrevista 1 de diciembre de 2015.

Josefa Solval, entrevista 24 de agosto de 2015.

Trinidad Solval, entrevista 2 de diciembre de 2015.

Eufemia Toj, entrevista 13 de junio de 2016.

Tomás Tujal, entrevista, 23 de agosto de 2015.

Manuela Tunay, entrevista 13 de junio de 2016.

Micaela Tzej, entrevista 3 de diciembre de 2015.

Ángela Tzián, entrevista 24 de agosto de 2015.

Clementina Xajil, entrevista, 1 de diciembre de 2015.



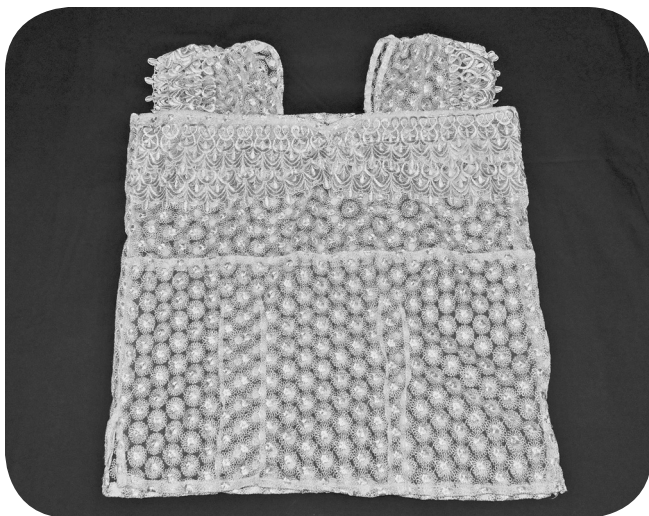
Trabajadores de la finca San Isidro, localizada en San Francisco Zapotitlán, Suchitepéquez. La fotografía fue tomada por Eadweard Muybridge en 1875, en donde resalta la forma de vestir de los pobladores de la época.



Blusa conocida localmente como “cuta”, considerada como la tradicional de Samayac.



Otro estilo de blusa frecuente en Samayac, es la “bocamanga”.



Blusa de estilo moderno, cuyo uso es favorecido por las mujeres jóvenes.

Nim Ali Re Tzmay, vistiendo la indumentaria ceremonial de la población, entre la que destaca la blusa conocida como “blonda”.





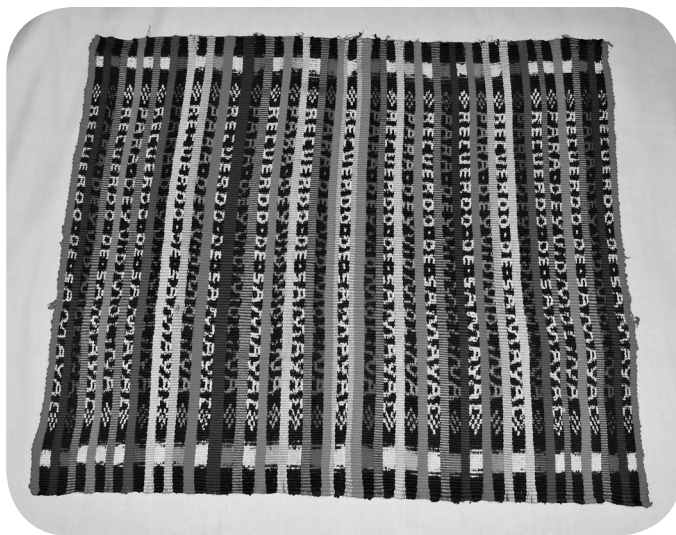
Fragmento de un corte jaspeado, el cual desde hace años es utilizado por las samayaqueras.



Corte de uso frecuente en varias poblaciones del departamento de Suchitepéquez, entre ellas Samayac.



Señora María Carrillo, vistiendo la indumentaria de uso cotidiano de las mujeres samayaqueras.



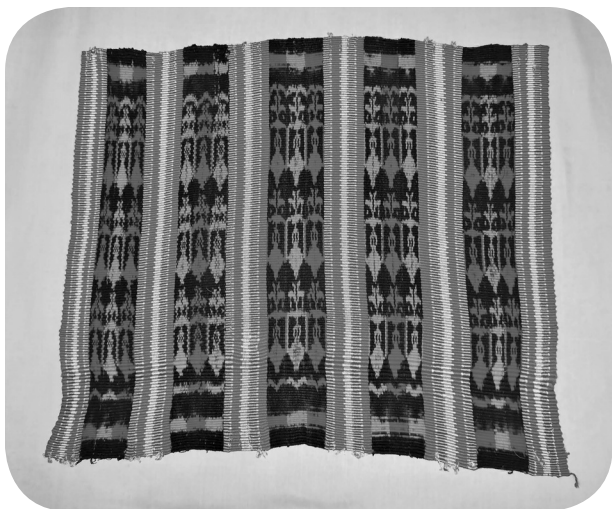
Paño de uso cotidiano.



Paño de luto.

Señora portando paño
en la cabeza.

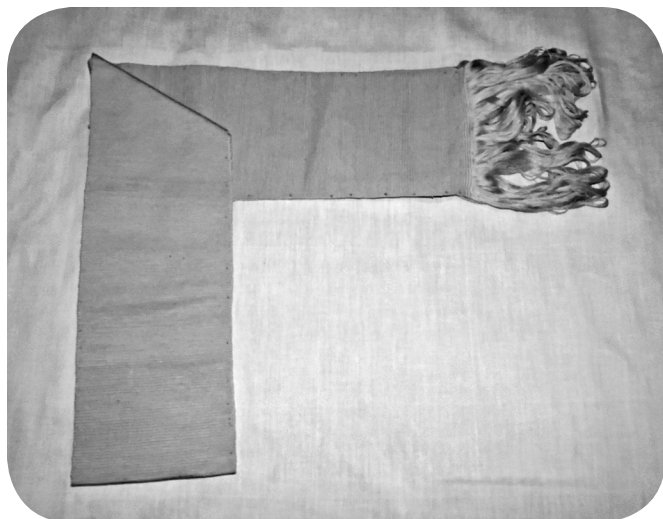




Paño de diseños contemporáneos.



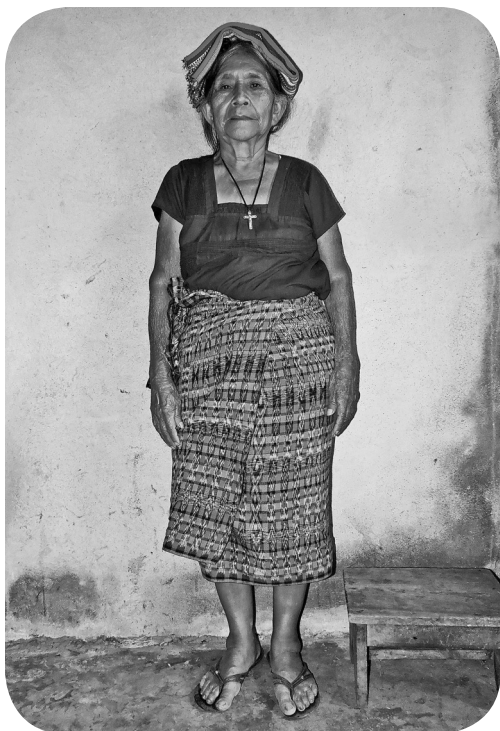
Perraje utilizado por las mujeres de Samayac para cargar niños.



Banda utilizada
por los integrantes
del Juego de
Judíos.



Tipo de
servilletas
tejidas en
Samayac.



Señora Clementina
Xajil, tejedora de
la localidad.

Desde hace varios años
doña Carmen Ortiz,
elabora varias prendas en
el telar de cintura.





Tejedora
Josefa Solval.



La especialidad
de Eulalia Sac
es el tejido de
servilletas.



Señora Ángela Tzián, portando en el hombro el paño, prenda característica de la indumentaria samayaquera.